

Sección Debate (*revista PH* 119, octubre 2026)

Debate 35: Patrimonio biocultural: ¿maraña conceptual o cambio de paradigma?

Textos provisionales

Los mercados de abastos municipales como patrimonio biocultural de las ciudades: entre la pervivencia de sus funciones esenciales y las dinámicas de turistificación

Enrique Luis Santos Pavón | Dpto. de Geografía Física y Análisis Geográfico Regional, Universidad de Sevilla

Un primer acercamiento, de carácter exploratorio, al concepto de patrimonio biocultural nos remite de forma casi instintiva a espacios de dominancia natural o rural, dada su configuración como territorios caracterizados por la significativa presencia de recursos y activos patrimoniales de tipo ecológico y sociocultural. Raramente se asocia el patrimonio biocultural a los ámbitos urbanos, debido a su acusada desnaturalización y artificialización, lo que en teoría los aleja de la simbiosis entre naturaleza y cultura que nos interesa.

Más allá de esta percepción inicial, resulta razonable pensar que las ciudades son también depositarias de vínculos y sinergias bioculturales que es necesario desvelar, valorar y proteger en términos patrimoniales. Y ello a pesar de las dificultades que en ocasiones puede conllevar la identificación y el reconocimiento de tales conexiones, debido a la presencia a menudo encubierta o testimonial de lo biológico en la ciudad. Atendiendo a este marco de reflexión, se plantea en esta aportación la pertinencia de considerar a los mercados de abastos municipales como referentes destacados del patrimonio biocultural de las ciudades, aunque afectados en ocasiones por riesgos y tensiones que amenazan sus funciones básicas (Cantero Martín 2004, 406-407).

Cabe recordar que los mercados municipales son equipamientos públicos cuyo objetivo inicial y principal es abastecer de productos frescos y de primera necesidad a la población urbana, erigiéndose en la mayoría de los casos en nodos emblemáticos del comercio local y de productos de proximidad. Tal y como señalan Fernández Nieto, Parada Rodríguez y Gallego Sanchez-Torija (2025, 148), los mercados son “infraestructuras alimenticias estratégicas en la relación entre ciudad, territorio y ciudadanía” y en virtud de ello revelan en buena medida las relaciones productivas y la cultura nutricional de las sociedades y los territorios en los que se emplazan.

Pero los mercados no solo ostentan una función económico-comercial orientada al sustento alimenticio de la población urbana, sino que constituyen espacios de sociabilidad, de encuentro vecinal y, en definitiva, de vida local. Delgadillo (2022, 166) afirma de forma elocuente que los mercados “son lugares que construyen ciudad y comunidad porque promueven la integración social, la diversidad socioeconómica y la heterogeneidad cultural”. Por todo ello, tanto por su misión sustentadora de la vida como por su función social, los mercados municipales son merecedores de reconocimiento patrimonial por sus valores bioculturales, es decir, por sus contenidos, independientemente de que sus contenedores puedan ser objeto de interés protector por sus especiales características.

Los riesgos y amenazas que acechan a estos equipamientos son variados y operan con distinta velocidad e intensidad. Entre ellos queremos destacar los relacionados con la turistificación de aquellos mercados con destacados valores históricos o arquitectónicos o que se ubican en las áreas centrales de la ciudad, los cuales se ven frecuentemente afectados por la transformación del paisaje comercial tradicional, la *gourmetización*, la *baretización* y, en definitiva, la pérdida de su significación social y vecinal en favor de las demandas y expectativas de los visitantes foráneos. Así, como bien indican Ortega Palomo e Ignacio Urriza (2023, 121), el turismo “está generando también la alteración de su función social originaria, así como los valores patrimoniales que albergan”.

Este proceso es particularmente intenso en mercados emblemáticos como los de La Boquería (Barcelona) o San Miguel (Madrid), siendo también claramente perceptible en otros cada vez más condicionados por la creciente afluencia de turistas, como el Mercado Central de Valencia, el de las Atarazanas (Málaga), el de la Ribera (Bilbao) o el de Feria (Sevilla), por citar solo algunos ejemplos para el caso español. Lejos parece quedar la castiza imagen transmitida por el gran Manuel Vázquez Motalbán (1999) sobre La Boquería, a la que definía como “el mejor escaparate de materias primas de la ciudad, tanto en su oferta de pescados como en la de salazones, aves, frutería, carne, despojos... un itinerario humano en el que vendedores y compradores posan para la retina del mirón que les sorprende en los mejores gestos, en las mejores interpretaciones...”

Pero no podemos reducir el panorama y la problemática de los mercados de abastos a los equipamientos más icónicos o de ubicación privilegiada, sino que existe una legión de mercados anónimos e invisibles para la demanda turística, metafóricamente hablando, que se localizan en barrios periféricos y áreas excéntricas. Se trata de referentes ciudadanos que, a veces a duras penas, mantienen el pulso de la actividad comercial tradicional y de la vida vecinal, configurando espacios de resistencia frente a las modalidades de venta dominadas por la gran distribución o el comercio electrónico.

Son estos pequeños mercados periféricos, modestos, de barrio, de uso fundamentalmente ciudadano, espacios que deben ser valorados y protegidos, ya no por su arquitectura más o menos valiosa o por su recorrido histórico, sino por lo que albergan y lo que significan para el vecindario. Es decir, por su primordial función sostenedora de la vida y por las dinámicas vecinales que alimentan, erigiéndose en auténticos reservorios de nutrientes tanto biológicos como sociales. Como cierre, coincidiendo con los planteamientos de Varela (2025, 2), consideramos que resulta “necesario volver la mirada hacia los mercados de abastos locales”, reconociendo su importancia para la ciudad y sus habitantes en términos alimenticios, sociales y culturales, lo que deriva indefectiblemente en la necesidad de su reconocimiento como patrimonio biocultural a conservar y a proteger.

BIBLIOGRAFÍA

- Cantero Martín, P. (2007) Feria y mercado en la provincia de Sevilla: el mercado como valor patrimonial. En: García Fernández, M. (coord.) *I Jornadas de Historia y Patrimonio de la Provincia de Sevilla. Una revisión historiográfica: Casa de la Provincia, Sevilla 15-25 de Noviembre de 2004*. Sevilla: Diputación de Sevilla, pp.406-422
- Fernández Nieto, M.A., Parada Rodríguez, J.L. y Gallego Sanchez-Torija, J. (2025) Estrategias de alimentación sostenible de los mercados de Madrid. Implicaciones urbanas. *ZARCH*, n.º 25, pp. 148-161
- Delgadillo, V. (2022) Mercados de Abasto, alimentación, cultura y ciudad. *Cuadernos de Nutrición*, vol. 45, n.º 5, pp. 164-174
- Ortega Palomo, G. e Ignacio Urriza, J. (2023) El uso sostenible de los mercados de abastos. Identificando claves a través del análisis de percepción de los comerciantes de los mercados de Málaga. *Investigaciones Turísticas*, n.º 25, pp. 121-147
- Varela, R. (2025) Cultura arquitectónica y cultura alimentaria. La Plaza de Abastos de Santiago de Compostela. *SOBRE. Prácticas editoriales, arte y arquitectura*, vol. 11, pp. 1-15. Disponible en: <https://doi.org/10.30827/sobre.v11i.31553> [Consulta: 27/07/2026]
- Vázquez Motalbán, M. (1999) Vengo de parte de Pepe Carvalho. *Vespito.net*, 18 de mayo de 1999. Disponible en: <https://www.vespito.net/mvm/gastr.html> [Consulta: 27/07/2026]